

---

## SOFÍSTICA POSMODERNA Y POSVERDAD POPULISTA

IGNACIO AYESTARÁN ÚRIZ

En los albores de la reflexión sobre el modo de hacer política hay un pasaje elocuente de Aristóteles que describe los diversos cambios en las formas de gobernar de su época:

Eran monarquías al principio, porque era raro encontrar hombres que se distinguieran mucho por su virtud, especialmente entonces cuando habitaban en ciudades pequeñas. Además, designaban a los reyes por los servicios realizados, lo cual es obra de hombres buenos. Pero, cuando resultó que había muchos semejantes en virtud, ya no soportaban el gobierno de uno solo, sino que buscaban cierta comunidad y establecieron una constitución ciudadana. Después, al hacerse peores, se enriquecían a expensas del tesoro público, y de ahí, es razonable pensar, surgieron las oligarquías, puesto que consideraron como honor la riqueza. De las oligarquías pasaron primero a las tiranías, y de las tiranías a la democracia. Pues al reducir cada vez más el número por su vergonzosa codicia, hicieron más fuerte a la multitud hasta que se impuso y nació la democracia. Y desde que las ciudades han llegado a ser mayores, tal vez no es fácil ya que surja un régimen distinto de la democracia (*Política* 1286b 11-13).

Aristóteles juzga inevitable el paso de las monarquías a las democracias dentro de la pluralidad de *politéiai*. La complejización y el crecimiento de la *pólis* suponían un cambio de destino en la *politeía*. Aristóteles parece sugerir que la *isegoría* como igualdad de participación y la *isonomía* como igualdad ante el *nómos* conducían a la *demokratía*, porque ya no era sostenible el gobierno de uno solo por encima de todos, sea al modo de la monarquía o de la tiranía. Todo eso no era posible sin el *lógos*, término que aúna diversos sentidos y que es al mismo tiempo lenguaje, lógica y razón; es el dar cuenta y razón, así como el darse cuenta con razón. Si el animal humano tiene *lógos*, eso no es un hecho insustancial. En el *lógos* se dirimen las cosas y los asuntos humanos, se distingue lo verdadero de lo falso, se delibera sobre lo bueno y lo malo, se exponen palabras y comportamientos, se comparten decires y razones, se dictamina lo que es justo e injusto, se explican las acciones pasadas y futuras —como *prâxis* o como *poíesis*— se

discuten leyes, se sostiene la *koinonía* de la participación en común, se funda y se garantiza la *pólis*, que no es cualquier comunidad, aunque sea un tipo de comunidad. Mediante el *lógos* se posibilita el decir que esto es esto, por la misma razón por la que lo otro es otro y distinguir, por tanto, esto de lo otro. Esa distancia entre las cosas necesita un espacio humano para poder articularse, expresarse, conocer y desarrollarse. Eso tenía un nombre y un lugar en la *pólis*: el *ágora*. Algo difícil de entender para quien no participara de esa comunidad. Eso es lo que le ocurrió al rey persa Ciro.

Cuenta Heródoto que, ante la posibilidad de guerra con los griegos y advertido de la capacidad de éstos, Ciro respondió a un heraldo espartano:

Jamás temí a unos hombres tales que tienen en el centro de sus ciudades un espacio donde se reúnen para engañarse unos a otros bajo juramento (*Historia*, I, 153).

El espacio vacío o *chôros* en el centro de la *pólis* que desprecia el rey persa no es otro que el *ágora*, tal y como refiere posteriormente Heródoto. Que alguien dotado de ingenio e inteligencia como Ciro menospreciase ese espacio de intercambio en el *lógos*, de donde surgirán las decisiones que lo derrotarán finalmente, muestra la ceguera ante esa forma de *politeía*. Dicho esto, conviene hacer las siguientes consideraciones:

1) Llámese Ciro o Cármenes, el gobierno tiránico del uno solo es incapaz de comprender el *ágora* y el espacio de la *politeía* en la *isonomía*, pues todo lo aplana en la ilimitación arbitraria.

2) En el *ágora* se comercian cosas, pero siempre dentro de los límites de la *pólis*. El exceso de la crematística o *chrêmatistikê* se contempla como un ilimitado afán de acumulación que corrompe finalmente el *nómos*.

3) Siendo un fenómeno de la *pólis*, la sofística forma parte del *lógos* del *ágora*, pero se comporta como externa a la *pólis*, siendo política de parte, donde el fin no es la verdad de las cosas, sino convertir la retórica en erística.

Conocemos las dificultades que experimentó la *isonomía* en la Grecia clásica, pero no estamos en el momento griego de la humanidad, sino en la condición posmoderna (por decirlo con Jean-François Lyotard) o en la posmodernidad como lógica cultural del capitalismo tardío (siguiendo a Fredric Jameson). Tiempos en los que Jacques Lacan llegó a calificarse a sí mismo como sofista en los siguientes términos: «El psicoanalista es la presencia del sofista en nuestra época, pero con otro estatuto» (seminario del 12 de mayo de 1965). En la estela de la sofística psicoanalítica uno de los seguidores de Lacan, Ernesto Laclau, propuso una nueva formulación de la política: el populismo. Este populismo no es el pueblo, como lo muestra el hecho de que se hable de «construir pueblo». Más bien se presenta como una semiología de significantes vacíos, que se corresponden con demandas no satisfechas, sin importar la materialidad de las mismas, ni su justicia, con tal de que se consideren partes excluidas. Lo social se modula

entonces desde el lenguaje simbólico de los significantes vaciados, haciendo pasar el estructuralismo lingüístico de Saussure por las pulsiones de la *catexis* y las emociones de la retórica. Este populismo abandona conceptos como “justicia”, “igualdad” o “libertad”. Las demandas populistas se separan así de las democráticas. El fin no es el *dêmos*, sino construir *populus* a partir de alguna *plebs* parcial. Como resultado, las demandas políticas ya no serán disputas racionales, sino actos performativos en una secuencia de reclamos, según lo expresa Laclau:

Una discusión sobre la cuestión de si una sociedad justa será provista por un orden fascista o socialista no procede como una deducción lógica a partir de un concepto de “justicia” aceptado por ambas partes, sino mediante una investidura radical, cuyos pasos discursivos no son conexiones lógico-conceptuales, sino atributivo-performativas (*La razón populista*, capítulo 4).

El abandono de categorías conceptuales y epistémicas como la justicia hacen indiscernibles las distinciones, hasta el punto de que Laclau ya no llega a diferenciar entre fascismo y socialismo, como si históricamente hubiesen sido la misma cosa. Sólo le interesa la operación performativa de la cadena de equivalencias de significantes del populismo, donde ya no se discierne esto como esto y aquello como aquello. Todo es un encadenamiento ilimitado de esto y esto otro y esto otro y esto otro, en una cadena vacía sin fin. Como la realidad ha quedado reducida a una combinatoria simbólica y los significantes difícilmente pueden superar la vacuidad desde la retórica, ese populismo sin pueblo material necesita recurrir a algún principio que unifique la dispersión de demandas fragmentadas en identidades. Ese nudo unificador sólo puede ser el liderazgo. Así, a juicio de Laclau, Juan Domingo Perón fue el líder aglutinador en el populismo de la Argentina de las décadas de 1960 y 1970. Ahora bien, el liderazgo populista puede ser un mero caudillaje que convoca y concita lo peor. El mismo Laclau cita las siguientes palabras de Perón, recogidas por su colaborador John William Cooke:

Siempre sigo la regla de saludar a todos porque, y no debes olvidarlo, ahora soy algo así como un Papa [...]. Tomando en cuenta este concepto, no puedo negar nada [a causa de mi] infalibilidad [...] que, como ocurre en el caso de toda infalibilidad, se basa precisamente en no decir o hacer nada [que es la] única manera de asegurar tal infalibilidad (*La razón populista*, capítulo 8).

Es aquí donde fracasa toda la operación retórica populista. La vaguedad y la indeterminación en ausencia de conocimiento sólo pueden ser superadas por la sublimación de la figura del caudillaje, hasta el punto de situarla en la infalibilidad papal o mística, que ya no puede ser racionalizada, ni argumentada, ni refutada, ni comprobada. En esta sofística posmoderna la

nominación precede al objeto y, como no comparece ninguna cosa, si no es mediante la idealización psicoanalítica, sólo queda el significante del amo. Laclau no tiene más remedio que reconocer que Perón evoca «la noción de “significante amo” en Lacan». Es el regreso del gobierno del uno solo, investido de megalomanía y mesianismo. Así es el populismo posmoderno.

Este populismo es el ámbito propicio para la proliferación de la posverdad, que no es el fin de la verdad en la posmodernidad, ni el simple engaño, sino la verdad y la mentira en sentido extrademocrático como operaciones retóricas intercambiables mediante una secuencia encadenada ilimitada. En la condición posmoderna del capitalismo tardío las cosas son mercancías intercambiables, las posiciones políticas de las democracias liberales son reclamos populistas intercambiables y la verdad y la mentira son opiniones con evidencias sesgadas intercambiables. En la cadena de equivalencias sin distinción da igual que se trate de mercancías, de formas de gobierno o de verdades y medias verdades, porque todo acaba en el aplanamiento ilimitado y todo es intercambiable. La versatilidad del *lógos* queda reducida a logística comercial y a logorrea mediática, ambas favorecidas por los canales y las redes habituales de la sociedad de la información, que, a pesar de la euforia tecnológica, nunca ha sido una sociedad del conocimiento. En estas condiciones, el populismo posmoderno pone a las democracias liberales ante su propio espejo. Las vacía de *politeía* y las refleja en su propia incapacidad. A veces se quiere generar una contraposición artificial entre el populismo y las democracias liberales, como si fuesen polos irreconciliables, pero todo parece indicar que el populismo es la consumación lógica de las democracias liberales. Que el trasfondo de esta problemática cuestión pueda solventarse en su triple determinación, epistémica, ontológica y política, es algo que excede los límites de este breve trabajo y que, además, vendrá marcado por la condición de estos tiempos posmodernos.